

Ventisca

Marie Vingtras

colecciónnotraslatitudes

Ventisca

Marie Vingtras

Traducción de
María Teresa Gallego y
Amaya García Gallego

Nørdicalibros
2023

Título original: *Blizzard*

© Editions de l'Olivier, 2021

© De la traducción: María Teresa Gallego
y Amaya García Gallego

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.
Doctor Blanco Soler, 26 - CP: 28044 Madrid
Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com
www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: marzo de 2023

ISBN: 978-84-19320-75-9

Depósito Legal: M-6821-2023

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos

(Salamanca)



Diseño de colección: Filo Estudio e Ignacio Caballero

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Elena y Arto

BESS

Lo he perdido. Le solté la mano para atarme los cordones y lo he perdido. Notaba el zapato suelto, con el pie a punto de salirse y no era un buen momento para caerse. Malditos cordones. Y eso que habría jurado que los até con doble nudo antes de salir. Si estuviera aquí Benedict me diría que no me fijo lo suficiente, haría constatar también que no hago las cosas como es debido, como las hace él. Según él, no hay más que una manera de hacerlas. Tiene gracia. Hay tantas formas de hacer las cosas como individuos hay en la Tierra, pero debe de tranquilizarlo pensar que él sí sabe hacerlas. Bueno, el caso es que le solté la mano, ¿cuánto tiempo? ¿Un minuto? ¿Dos quizá? Cuando me incorporé ya no estaba. Alargué el brazo en torno para tocarlo, lo llamé, grité cuanto pude, pero solo me contestó el soplando del viento. Tenía ya la boca llena de nieve y la cabeza me daba vueltas. Lo he perdido y ya no voy a poder regresar nunca. Él no lo entendería. No dispone de todas las bazas para saber lo que está en juego. Si me hubiera hecho las preguntas oportunas, si yo hubiera dado las respuestas verdaderas, nunca lo habría dejado a mi cargo. Prefirió callarse, mantener la

ilusión, fingir que yo sería capaz de hacer lo que me pedía. En vez de eso, en esta tierra de desolación que rezuma desventura, voy a aumentar su dolor, a poner en el cuadro mi toque personal. Cabe creer que no puedo evitarlo.

BENEDICT

Echando la vista atrás, creo que noté que fallaba algo. Como cuando tienes la sensación de que un insecto te está haciendo cosquillas en la oreja. Haces un gesto para quitártelo de encima, pero en realidad se trata de una alarma, tu alarma interior puesta al mínimo. No tan alta como para dar un respingo, pero sí lo suficiente para impedirte dormir tan tranquilo. Durmiendo estaba precisamente y me desperté sobresaltado. ¿Fue un presentimiento o la corriente de aire frío que venía de abajo? No lo sé, estaba tan cansado por haber pasado los últimos días frenético comprobando las trampas, recogiendo el material y preparándonos antes de que empeorase el tiempo. Siempre me han gustado las tormentas y sobre todo ese último momento, cuando hay que protegerlo todo, tapar las rendijas, meter bastante leña para que dure unos días y organizarse un espacio cerrado, lo más hermético posible. Y luego, cuando ha llegado la tormenta, enclaustrarse con la radio chisporroteando, una taza de café ardiendo para calentarse las manos y el fuego de la chimenea rebelándose por culpa de la nieve que cae por el cañón y el viento que se cuele. Oigo crujir y quejarse la casa igual que un vejete. A veces me da la impresión de que me habla, como les habló quizá a mis padres y, antes, a mis abuelos, de generación en generación hasta el primer Mayer que decidió establecerse aquí, en una

tierra hostil, y aspirar a ser más fuerte que la naturaleza. La casa sigue en pie y dentro estoy calentito, al amparo de sus paredes, igual que un diamante en su estuche. Lo que pasa es que estoy solo. Cuando bajé del piso de arriba, la puerta estaba abierta de par en par y la nieve se había colado a raudales. Me irritó. Grité: «Maldita sea, Bess, ¿no puedes cerrar la puñetera puerta? ¡Nos vamos a morir todos de frío por tu culpa!». Pero no me contestó. Entonces fue cuando vi que no estaban las botas del niño ni tampoco las cazadoras de los dos colgadas en el perchero. Me di cuenta de que había salido con él, y eso que incluso una chica tan peculiar como ella debería haber sabido que no se sale de casa en plena ventisca.

COLE

Si el Señor me está oyendo, juro solemnemente que no volveré a probar una gota de alcohol. Cómo me duele la cabeza por culpa del mejunje que me ha dado de beber el cabrón ese. Llamar aguardiente a esa cosa es una auténtica tomadura de pelo. Ya no me noto la garganta y tengo las tripas revueltas. Te dan ganas de meterte a monja, aunque no sea lo mío. Acababa de salir del retrete por la cagatera que me había dado el alcohol cuando empezaron a aporrear la puerta. El tiempo no está como para que ande por ahí fuera un buen cristiano, así que me abroché como pude y agarré la escopeta. Nunca se sabe lo que puede andar suelto por los bosques. Grité: «¿Quién es?», que es algo a lo que un oso no podría contestar, pero había demasiado viento fuera para poder oír nada. Los golpes fueron a más. La verdad es que no me quedaba otra. Descorrí el cerrojo, entorné la puerta con el pie y apunté por la rendija por si las moscas. «¡No dispaes, Cole! ¡Soy yo!», gritaron. Reconocí el vozarrón grave de Benedict. Estaba cubierto de nieve, le hacía algo así como unas charreteras de general de pacotilla y ya tenía totalmente blanca la punta de las pestañas, con gotas de escarcha como adornos de bailarina de estriptís. Bueno, lo digo porque he visto la foto de una en una revista que andaba por casa de Clifford. La chica llevaba unas gotitas rojas en la punta de las pestañas postizas, le daba

una mirada rara, como si fuera una muñeca. Por lo visto hay tíos a los que les gusta. Benedict me apartó de un empujón para cerrar la puerta al entrar. Ni siquiera se quitó el gorro. Se apoyó en la pared, se pasó la mano por la cara y luego dijo, como si hubiera visto pasar un fantasma: «Bess y el niño se han ido. Andan por ahí fuera». Era una tontería tan tremenda que me entró la risa. «Menos guasa, Benedict. Es una broma pésima», le dije. Y él va y me contesta: «¿Tú te crees que iba a salir con el tiempo que hace solo para quedarme contigo?». Con solo verle la cara me di cuenta de que iba en serio y, maldita sea, si era verdad, entonces había de qué preocuparse. El crío acaba de cumplir los diez y la otra no tiene dos dedos de frente. Le pregunté: «Y entonces ¿qué hacemos?» y me contestó algo que no me gustó: «¿A ti qué te parece? Vamos a buscarlos». Eso era peor que el brebaje de Clifford y me entraron como unas ganas de echarle otro trago.

FREEMAN

No he pegado ojo en toda la noche con este tiempo. El viento sopla con tanta fuerza en torno a la casa que no sé cómo aguanta todavía de pie. Me da la impresión de que las paredes están pilladas en un cepo, entre el empuje de las ráfagas y la nieve que se amontona. Sabe Dios cómo voy a conseguir salir cuando acabe todo. En la primera tormenta que viví aquí me quedé bloqueado dos días. Había por lo menos cinco pies de nieve delante de la puerta y no podía abrir los postigos de las ventanas, que había cerrado como un tonto, un error de principiante me dijo Benedict. Tuve que subir hasta el desván, a mi edad, y bajar por el tragaluz con una cuerda. La operación no salió del todo como pretendía. Me disloqué el hombro en la caída y, pese a todo, tuve que dedicarme a quitar la nieve con la pala usando el brazo bueno antes de encontrar con qué entablillarme el otro. Esta vez he intentado despejar todo lo posible los aledaños de la casa con la esperanza de que eso baste. Lo de saber sobrevivir no se inventa sobre la marcha. En el sitio del que vengo no hace falta preguntarse si la nieve le va a impedir salir a uno. No hay nieve, ni un solo copo, y, si pudiera escoger, preferiría cien veces estar allí que en este país, aguantando el réuma. El frío y la humedad no son buenos para este esqueleto viejo. Sería el colmo haber sobrevivido a todo lo que me ha pasado para morirme ahora enmohecido como

una rama vieja y podrida. ¿Qué hago aquí entonces? Supongo que si Él quiso que nuestros caminos se cruzasen y que me sepulte en el fin del mundo es que había una buena razón para ello. Sabe que soy un pecador, pero si mi Dios misericordioso tiene planeado algo para mí, esperaré hasta que se haga la luz. Estoy congelado, pero esperaré, puesto que es necesario. Y, siendo totalmente franco, en realidad no tengo alternativa.

BESS

No veo nada. La nieve sale volando desde el suelo en torbellinos y, cuando alzo los ojos, está nubladísimo. El aire es incoloro, como si todos los colores que existen hubieran desaparecido, como si el mundo entero se hubiese disuelto en un vaso de agua. Me arrepiento de no haber estado más atenta cuando Benedict le explicaba al niño cómo funciona una ventisca. A lo mejor habría sabido lo que había que hacer, aparte de no salir, claro, pero ya es demasiado tarde para arrepentirme de eso. Me pongo de espaldas al viento, apoyada en lo que supongo que es una roca. A menos que sea un oso hibernando, lo que zanjaría el problema. No consigo pensar en qué conducta debo adoptar, pero voy a convertirme en muñeco de nieve si no me muevo. No soy idiota del todo, sé en qué berenjenal me he metido, tengo que moverme, que encontrar al crío o que volver a casa a buscar a Benedict, aun a riesgo de que le entren ganas de arrancarme las orejas a bofetones si vuelvo sola. No puedo regresar, no puedo explicárselo, serían demasiadas cosas de golpe. Aunque tiene aguante, hay algunas que resultan demasiado duras. De todas formas, no puedo dejar solo al niño. Ya que ni siquiera sé en qué dirección ir, voy a andar recto, de frente. Es lo que ha debido de hacer él. Los chavalines a veces son muy tontos, hacen cosas sin pararse a pensarlas, por instinto, incluso un minigenio como

él. Así que yo tampoco me paro a pensar y voy de frente.
Seguramente es lo mejor que se puede hacer.

BENEDICT

Anda y que no tarda en prepararse Cole, se hace el remolón. La verdad es que no puedo reprochárselo. ¿A quién le va a apetecer salir con este tiempo? Ya resulta duro vivir aquí cuando no nieva. Pero en plena tormenta es como estar en la barriga del diablo, como dice Freeman. A él no he ido a buscarlo. Es demasiado viejo y no ve bien de lejos. Ni siquiera sé a qué ha venido aquí. Reconozco que me cachondeé cuando llegó hace dos años con la furgoneta y el equipo nuevecitos. Tenía pinta de ser un recién jubilado con ganas de divertirse, pero un jubilado solo en un paraje aislado no es precisamente lo que nos venden las convenciones. Era, por encima de todo, el único negro a la redonda y resultaba tan incongruente allí, en medio del paisaje, como ella cuando llegó con su minifalda de pana y sus botas texanas blancas. No acababa de dar el tipo de un tío que hubiera venido para habérselas con la naturaleza en estado salvaje, y eso que, para la edad que tiene, está mucho más sano de lo que van a estarlo nunca Clifford o Cole, de tanto beber por las noches. Creía yo que no iba a aguantar el invierno con sus manoplas y su gorro, la verdad es que no estaba bien equipado. Siempre se anda con evasivas sobre lo que hacía antes de venir aquí, menos en lo de que de joven fue militar. Esa podría ser la explicación de que haya sabido cómo aguantar pese al clima. No tuvo ayuda el

primer año. Por muy solidarios que sean los nortehños, tampoco van a arriesgarlo todo por un desconocido. Un día lo ayudé a cambiar la oruga de la moto de nieve. Se la había revendido el viejo estafador de Clifford. Por aquí, hay cosas que más vale no comprar de segunda mano. Si el dueño se las quita de encima es por alguna buena razón. Se averiaba tan a menudo que Freeman acabó empollándose todo el manual que Clifford había tenido el detalle de darle. No le supuso un gran sacrificio, no lo había sacado nunca del embalaje, cabría preguntarse si sabe leer siquiera. Freeman desmontó la máquina entera y, después de trastear en ella, iba mejor que la mía, cosa que no era muy difícil. Me fijé en que, a todas luces, Clifford estaba ofendido de que hubiera logrado dejarla como nueva siendo así que él no lo había conseguido nunca. Se pensaba que le había hecho una jugarreta al venderle una chatarra y había quedado como un idiota. Pensé que Freeman sabía apañárselas bien para ser un hombre mayor. Cuando se dislocó el hombro, vino sin quejarse y me preguntó si podía llevarlo a ver a un médico porque él solo no lograría conducir. No voy a mentir, no me venía bien hacer cincuenta millas hasta el dispensario, pero aun así lo llevé. Si había sobrevivido a su primer invierno aquí es que la naturaleza no lo rechazaba. A lo mejor, de algún modo, lo toleraba. No puede decirse otro tanto de Bess, ni del niño. Un día, ella me dijo que la presencia de los dos aquí era un sinsentido. Era su forma de expresar lo que todo el mundo pensaba por lo bajo: aquí no pintaban nada. No sé si la naturaleza se los ha tragado o si los va a escupir, vivos o muertos. Lo único que

sé es que la culpa es mía. Nunca debería haberlos traído. Aun habiéndole prometido a su madre que me quedaría con el niño, no debería haberlo hecho. Ahora no estaría como estoy, buscando a un crío y a una chica en medio de la nieve, en medio de la nada.

COLE

Lo que es seguro es que no me apetecía ir. Hay que estar como una verdadera cabra, pensé. Encima —eso no se lo dije a Benedict, claro—, puede que ya se hayan muerto de frío o por una mala caída o, si no, que hayan tenido un mal encuentro. El invierno ha sido largo, hay animales tan famélicos como yo. Así y todo, he avisado a Clifford por la radio y me ha dicho que eso no iba con él y que no tenía intención de salir con este tiempo. Tampoco es que me pillase por sorpresa, aunque pensé que sí que le habría gustado encontrar a la chica, a falta del chavalín. He remoloneado todo lo que he podido. He buscado los calcetines más abrigados y también los finitos de seda que, por consejo del viejo Magnus, me pongo primero, aunque estén tan zurcidos que solo aguantan ya por obra del Espíritu Santo. Sabía de sobra que íbamos a acabar más congelados que un polo. Benedict me estaba esperando apoyado en el marco de la puerta. Parecía que se le habían echado diez años encima de golpe. Seguro que saber que andaban por ahí fuera era lo peor que podía pasar, a él se lo iban a decir. Tíos a los que había arrastrado en primavera la crecida de los ríos, aplastado el árbol que estaban cortando o a los que habían encontrado tiesos como palos en zanjas, los había visto más de la cuenta de pequeño, cuando aún funcionaba el aserradero. Pero que un crío y una tía se perdieran en la ventisca,

si no me falla la memoria, era algo que todavía no había pasado nunca. Y Benedict sabía de sobra por qué. Porque es un sinsentido y aquí todo tiene sentido, porque cada gesto te cuesta un esfuerzo y la señora Naturaleza no te regala nunca nada. Ese es el trato. ¿Queréis vivir aquí? ¿Disfrutar del aire puro, de la abundancia de caza y pesca? ¿Tener libertad para actuar, no rendirle cuentas a nadie y puede que no cruzaros con ningún ser humano durante semanas? Sois muy dueños. Pero el día en que os deis de bruces con un oso Kodiak o la moto de nieve no quiera arrancar cuando estéis a varias millas de vuestra chabola tendréis que haceros a la idea de que nadie va a ir a echaros una mano aparte de vosotros mismos. No es algo que la tiparraca esa de las narices pueda entender. Por fin encontré los calcetines. He cogido unos veinte cartuchos para la escopeta. Benedict había cogido la suya y me disponía a abrir la puerta cuando me acordé del matarratas de Clifford. Eso sí que era algo que había que llevarse en una chifladura de expedición como esta. Seguro que casi no notaría los efectos en medio de este follón.

BESS

Me esfuerzo por avanzar a toda costa, paso a paso, pero no estoy segura de que eso me lleve a algún sitio. A veces, entre la nieve me parece ver formas que se mueven, pero se difuminan tan deprisa como aparecieron. Esta maldita nieve que no puede caer recta, como cuando llueven chuzos de punta. Para aguantar, intento acordarme de California, recordar las playas donde nuestros padres nos llevaban todos los fines de semana, después de ir a la iglesia, al oficio, los cuatro a orillas del océano, a comer sándwiches jugando a las cartas, con el sol que nos amodorraba. Aquel calor no consigo ya recordarlo. En el sitio este, ni siquiera en verano se nota esa sensación de estar cociéndote con los rayos del sol, que apenas si llegan a calentarte los huesos. Apenas lo suficiente para creer que vas a tener calor, pero eso no ocurre nunca. A veces sueño con el océano Pacífico, con sus olas tuberas, con la sal en la piel y el pelo enfundado en salpicaduras de espuma. Aquí solo hay agua dulce, hectolitros de agua dulce, lagos, ríos grandes y pequeños, arroyos, cascadas. Agua por todas partes, todo el rato, bajo todas las formas. Congelada, derretida, clara como agua de roca o enfangada en primavera. Y fría, siempre fría. Se te quitan las ganas de bañarte. Daría lo que fuera por un baño de sol en la playa, oyendo las olas romper en la arena. Es curioso,

consigo acordarme aún del olor de aquella crema solar de coco que se ponía mamá cuando yo era pequeña y ella estaba empeñada en ponerse morena sin quemarse pese a tener una piel blanca como la leche. Antes no estaba nada mal. Aunque no nos sobraba el dinero, siempre estaba elegante. Bajita, pero con buen porte y una pechera de actriz de cine de los años cincuenta. Papá estaba tan enamorado que decía que le daba mil vueltas a Rita Hayworth. Yo no acababa de entender la comparación con una actriz antigua que se había muerto el año en que nací yo, pero mamá parecía valorar el cumplido. Cassandra y él eran rubios, tenían el pelo casi blanco, sus orígenes escandinavos que salían a la superficie seguramente. Yo había sacado el pelo pelirrojo de mi madre, una auténtica norteamericana de origen irlandés. No es que fuera fácil de llevar, pero al menos se nos reconocía de lejos. «Anda, mira quién viene por allí, Elizabeth Morgensen y su madre». De adolescente, me daba miedo no ser en realidad más que una mala copia suya. No me crecían los pechos y tenía las caderas estrechas, de chico. Nada que ver con un *sex-symbol*, ni siquiera uno de capa caída. Luego, de repente, se le puso el pelo gris. Lo llevaba en una larga trenza deslucida que amarilleaba en la punta por la nicotina. Ella, que siempre iba arregladísima, al final se rindió. Ya no tenía sentido aferrarse a trozos de tela o a barras de labios siendo así que le faltaba lo esencial. He intentado olvidar a aquella madre, además de a todos los que ya habían desaparecido. Yo también me rendí, a mi manera. Se diría que no solo nos parecíamos en lo físico. Sin

embargo no puedo ceder del todo. El crío anda por ahí y a este tengo que salvarlo. No es de recibo cometer dos veces la misma equivocación.